

FRANCISCO SOSA



# RECTIFICACIONES

AL LIBRO

“NUESTRA AMÉRICA”



MEXICO

—  
1903

923  
S.

---

I.

Hace ya algunos meses apareció en las vitri-  
nas de las librerías de la Capital un libro nuevo  
intitulado *Nuestra América*, escrito en Buenos  
Aires por Don Carlos Octavio Bunge, é impre-  
so en Barcelona por los editores Henrich y Ca.

El nombre del autor no me era desconocido,  
por cuanto que en acreditadas revistas euro-  
peas había yo leído algunos extractos de obras  
debidas al mismo escritor argentino, á quien, de  
paso sea dicho, se le calificaba de metafísico; pe-  
ro se le reconocían estimables dotes de pensa-  
dor y de sociólogo. Y como la flamante produc-  
ción venía precedida de un prólogo del docto  
profesor de la Universidad de Oviedo, Don Ra-  
fael Altamira, apresuréme á adquirir el libro,  
y me dediqué á su lectura. A medida que en  
ella avanzaba, fuí encontrando que el señor  
Bunge es acreedor, por muy justos títulos, á  
que sus producciones sean no simplemente leí-

das sino atentamente estudiadas y discutidas, toda vez que las informa el nobilísimo propósito de señalar las lacerias de las sociedades hispano americanas para procurar el mejoramiento de esta gran fracción del Nuevo Mundo. Pero, lo repito, al señor Bunge no debe leérsele nada más, sino discutírsele.

Son sus afirmaciones tan enfáticas, tan rudos sus procedimientos al pretender curar las cancerosas llagas que encuentra por donde quiera en *nuestra* América; tan grandes sus prejuicios, á causa tal vez de lo deficiente de sus informaciones respecto á pueblos que no conoce lo bastante para hablar de ellos sin incurrir en lamentables errores, que sería necesario escribir otro libro tanto ó más extenso que el suyo, para atenuar siquiera,—no digo desvanecer,—el efecto que ese libro producirá acaso en los que tomen por verdades absolutas las máculas que él atribuye á las Repúblicas del Centro y Sur de América.

Tentadora es en verdad la tarea. ¿Cómo nó si en el corazón de cada uno de los hijos de estos pueblos arde vivísimo el fuego del amor patrio, y nadie quiere que á sus propios defectos se añadan los que tiene la conciencia de no abrigar en su seno? ¿Cómo nó, si al leer el libro del señor Bunge salta á la vista que en el cuadro

por él trazado se forma un todo de partes disímolas, atribuyendo á razas diversas una misma idiosincracia, y se coloca en un mismo nivel á pueblos que no han caminado impulsados por un mismo espíritu ni acariciado los propios ideales?

El señor Bunge, invirtiendo el procedimiento de los grandes artistas que para realizar la belleza en una figura humana, toman de diversos cuerpos aquellas formas que encuentran más perfectas y las armonizan; por que valiéndose de un solo modelo no lograrían que su obra fuese celebrada como una maravilla de encanto y de hermosura, el señor Bunge, digo, ha reunido á sus propias observaciones respecto á los pueblos que conoce, las que le ministraron libros ó informes no del todo desapasionados, y de los defectos de aquí y de allí ha formado una América hispana perezosa, arrogante, servil (por más que los términos no puedan ser más antitéticos), degenerada, envilecida casi, y sobre todo necesitada de lo que él llama *europaización*.

Eso, abrazando en conjunto la obra; pues respecto á los detalles relativos á otros pueblos, confesamos que no poseemos los conocimientos necesarios para oponer reparos á todo lo que el señor Bunge afirma, ni nos compete rectificar sino lo que á nuestra patria atañe.

Seguramente habrá quienes se encarguen en las demás Repúblicas flageladas, de rectificar los conceptos que á ellas conciernen. Ya el prologuista de *Nuestra América* lo insinúa, y con suma cortesía le contradice, declarando con lealtad que *cosas hay en que los hispano-americanos son más europeos que los españoles*, y haciendo ver que es ciertamente “muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere, y *con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional*.”

En su patria misma ha de tener contradictores, por más que de los latigazos que propina no toque á ella la mayor parte; pues hay que observar, antes de entrar de lleno en la cuestión, que el señor Bunge se abstuvo prudentemente de presentar como tipo de mandatario al uso hispano-americano al de su país hoy, en tanto que consagra largas páginas al que él llama Porfirio I, cacique de México.

## II.

No es, en verdad, tarea de fácil ejecución la que se endereza á rectificar las ideas del señor Bunge respecto á los mexicanos y á su Pri-

mer Magistrado. Porque si bien en el capítulo final de *Nuestra América* hay no pocos errores que saltan á la vista del crítico menos avezado, en las páginas todas del libro se encuentran también, diseminadas aquí y allí, acusaciones injustas y mal informados conceptos que merecen detenida imputación; pero, no es nuestro propósito, lo repetimos, oponer un libro á otro, sino hacer observaciones breves acerca de lo más saliente. Demás de esto, el autor, desde la introducción de su obra, previendo las discusiones que había de provocar, confiesa que mucho ha vacilado antes de publicar su estudio, porque “*hay en él, dice, teorías y análisis cuya exageración descriptiva reconoce*.” A nuestra vez vacilamos antes de apuntar los que creemos errores del señor Bunge, porque á nuestras observaciones podría él contestar que ya las había previsto, que no hay razón para fijarse en teorías y análisis exageradas, sino en el espíritu generoso que si á tales exageraciones conduce, en cambio procura el mejoramiento de los pueblos cuyos son los defectos que señala. Pero esto no basta á sellar nuestros labios y dejar ociosa nuestra pluma. Porque escuchar con desdeñosa indiferencia cuanto sin razón ni justicia se dice con menoscabo del buen nombre de la patria, es algo así como exponer á ésta á que se tomen por

verdades incontrovertibles los más denigrantes juicios hoy, las más calumniosas imputaciones mañana.

Si el señor Bunge no se hubiese limitado á vacilar en presencia de sus exageraciones, sino que hubiera aplazado la publicación de su libro hasta rectificar por sí mismo y comprobar cuanto en la fiebre de su concepción dejó estampado, ¡cuánto habría ganado! Lo recto de la intención no justifica lo virulento de los ataques, y, por lo mismo, hay que recordarle al publicista argentino la repetida frase: *Pega, pero escucha.*

### III.

Cree el Sr. Bunge, por datos antropológicos, geográficos, históricos y sociológicos, que no cuida de apuntar, que la América en tiempos prehistóricos se pobló de inmigraciones asiáticas. Antes que él, nuestro compatriota Orozco y Berra, que consagró la segunda parte de su obra monumental sobre la Historia antigua de México al estudio del hombre prehistórico, se creyó autorizado para asentar estas dos conclusiones:

1a. Antes del descubrimiento de Cristóbal Colón. América ha tenido relaciones con el antiguo Mundo.

2a. Los pueblos americanos tuvieron su civilización propia, con todos los caracteres de la originalidad, en la cual vinieron á injertarse las ideas de las civilizaciones asiáticas, por el Occidente, y más tarde las de la Europa por el Oriente.

El escritor argentino afirma, que si no se ha probado la hipótesis que patrocina, es porque no se han hecho estudios bastante profundos en filología. Permítanos que le hagamos observar que, respecto á México, no tiene fundamento su aseveración. Don Francisco Pimentel, mexicano, publicó hace más de 20 años un extensísimo tratado sobre las lenguas indígenas del país, que mereció ser laureado por el Instituto de Francia; y en esa obra, fruto de pacientísimos estudios, en un todo basados en la filología moderna, quedó demostrado, no empírica sino científicamente, que ninguno de los numerosos idiomas y dialectos indígenas revela el pretendido origen asiático de las razas que han poblado el territorio mexicano.

Que existieron relaciones entre Asia y lo que es hoy República mexicana, no es discutible; pero entre ser ese el origen de nuestra raza y el haber habido inmigraciones, media gran distancia.

No es nuestro ánimo extendernos al presen-

tar esta objeción; queremos únicamente indicar al señor Bunge que, a lo menos, en lo que respecta á México, no son fundadas sus observaciones, y, queremos, sin vanidad ni jactancia, llamar su atención hacia los estudios que en nuestro país se han publicado con relación al hombre prehistórico.

## IV.

Tampoco tienen aplicación á México las lucubraciones del señor Bunge sobre la influencia que en la raza han ejercido los africanos. Los indios no han revelado nunca que exista sangre africana en sus venas. Si después de la conquista vinieron al país negros, no fué en cantidad tal que hubiesen podido mezclarse con los indígenas hasta producir un tipo que pueda ser tomado en consideración. Y ha sido un bien, en verdad. Porque del cruzamiento de negro é india se obtiene un producto abominable.

Abolida la esclavitud á raíz de la proclamación de la independencia, cesó la importación del ébano y hoy no se puede tomar en cuenta la cifra que la estadística proporciona respecto á la raza negra en México. Para terminar esta rápida observación, diremos al señor Bunge que en

la historia de México no encontrará si la estudia atentamente, ya no decimos negros, ni aun mulatos, que en la política, en las ciencias y en las artes hayan marcado su presencia.

## V.

Asienta el señor Bunge que en nuestra América,—es decir en la hispana,—debe la *pereza criolla* presentar por su *universalidad* múltiples fases y que entre éstas, una de las más curiosas es la mentira. “Dos elementos la constituyen, dice, la exageración tartarinesca, imaginativa, propia de las mulleras caldeadas por el sol del Mediodía, y el *poco más ó poco menos*, el *à-peu-près* de los pueblos decadentes, que no fijan sus ideas. De la aliación de estos dos factores psicológicos emerge la mentira criolla, desnuda como Venus de las ondas.”

En México no se usa, no se acostumbra, no se conoce, podríamos decir, la mentira tartarinesca. Es más, con marcada indolencia indígenas y criollos ven lo que en otros pueblos se atiende con especial interés. México no paga publicaciones que se encarguen de presentarle al mundo como la tierra de promisión, mintiendo si es necesario, para que se le crea en el pináculo de la

grandeza y del poderío. Sus sabios han sido modestos hasta la humildad, sus caudillos no han ponderado sus proezas, sus potentados no han dilapidado sus fortunas porque se les crea más ricos que un Nabab. Y los que hayan leído el libro que nos ocupa, habrán notado que el autor patentiza lo deficiente de sus conocimientos respecto á todas y cada una de las naciones á que alude, pues en apoyo de su tesis sobre la mentira criolla, la mentira tartarinesca, estampa estas palabras: “La mentira europea es la del Infinito *positivo* del Ser, la Acción; la criolla la del Infinito *negativo*, el No-Ser, la Inacción de Huascar y de GUATIMOTZIN, descendientes directos de los Indomalayos,—la Contemplación de los fakires para remontarse á Dios!”

¿Inacción de Cuauhtemoc? Se necesita no haber hojeado siquiera la historia de México para presentar al más ardido, al más heroico, al más ilustre de los defensores del imperio azteca en los aciagos días de la Conquista española, como inactivo. No ya los historiadores mexicanos, Prescott mismo que, como en otro lugar hemos dicho años há, por la fascinación que ejercen sobre el espíritu las proezas de un hombre extraordinario como lo fué sin duda el conquistador de México, cambió la pluma de Tácito por

la lira de Homero, Prescott, decimos, al hablar de Cuauhtemoc, se expresa así:

“No one can refuse his admiration to the intrepid spirit which could prolong a defense of his city while one stone was left upon another; and our sympathies, for the time, are inevitably thrown more into the scale of the rude chieftain, thus battling for his country's freedom, than into that of his civilized and successful antagonist.”

Y el mismo Prescott, al referir el suplicio de Cuauhtemoc cuando se le sujetó al tormento para que declarara en dónde estaban los tesoros de Moctezuma, estampa estas notables palabras:

“Al fin Cortés, avergonzado del papel que le habían hecho representar, libró al príncipe azteca de las manos de sus verdugos, antes de que fuese demasiado tarde, *que ya lo era para que su propio honor no sufriese una mancha indeleble, por este trato á su real prisionero.*”

La energía inaudita con que Cuauhtemoc supo acumular elementos para oponer un valladar al conquistador, su indomable constancia en la defensa de la metrópoli de su imperio, sus legendarias hazañas, todo, todo en él es grande hasta la sublimidad, y por eso no sólo escritores y poetas han alzado un himno á su grandeza, sino que la raza blanca, le ha erigido un monumento que

es, sin disputa, una de las joyas artísticas que embellecen á la ciudad de México.

Desgraciado anduvo pues el señor Bunge al citar al último emperador azteca, sin conocer su historia.

## VI.

La arrogancia criolla! Hé aquí uno de los defectos que sin excepción alguna atribuye á los pueblos hispano americanos el señor Bunge, y que le ha inspirado las más vehementes, las más incisivas, las más acres de sus censuras. ¡Con cuánta razón su prologuista el Sr. Altamira observó,—como lo hicimos constar al principio,— que es muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere, y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional!

Rechacemos, pues, la tremenda acusación que sin conocernos nos lanza el autor de *Nuestra América*, ya que debemos considerarnos comprendidos en sus juicios, puesto que en su afán de abultar defectos de raza, no evitó que sus generalizaciones resultarán erróneas, al compro-

barlas cada uno de los pueblos en ellas comprendidos.

Ocioso sería defender á la raza indígena del cargo de arrogante. No lo fué nunca, ni en sus épocas de poderío; no supo ó no pudo serlo al imponérsele el yugo de la conquista. . . . después su degeneración, su apocamiento ha ido en creciente. Hablemos entonces de la raza criolla, ya que así continúa llamándola el señor Bunge, y digamos, de paso, que no excluimos á los indígenas que por su cultura se han separado de su raza y figurado al par que los que nosotros creemos genuinamente mexicanos, es decir, de los que llevan en proporciones más ó menos apreciables, sangre europea y sangre indígena.

Para el señor Bunge, consiste esencialmente la arrogancia “en atribuirse una superioridad indeleble, ó mejor dicho *innata*; es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzo, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgazanes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas. Es el boato que prestigia la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, válense de los ajenos: de la gloria de sus antepasados, de la riqueza de sus padres. Es el *orgullo de la pereza*.”